

**GÓMEZ DÁVILA, Nicolás. *Escolios a un texto implícito, Obra completa*, Bogotá, Villegas Editores, 2005.**

*Que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones es una singular aberración. La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir penetrada íntimamente de inteligencia y de razón, plenamente lúcida y ordenada hacia los objetos propios del espíritu*  
(Notas, 105)

En edición de lujo, Villegas editores ha compilado los escolios completos de Nicolás Gómez Dávila tras haber publicado ya, en años cercanos, *Textos I* y *Notas*. Esta reedición de los escolios se compone de seis volúmenes: en cinco de ellos se recoge la producción de escoliasta de Gómez Dávila; el volumen restante es un texto complementario escrito por Franco Volpi, titulado *El solitario de Dios* que hace las veces de introducción (o epílogo) a los escolios completos del autor colombiano. Los cinco libros de escolios fueron publicados originalmente entre 1977 y 1992 de la siguiente manera:

Colcultura 1977: Escolios I, Escolios II.

Procultura 1986: Nuevos escolios I, Nuevos escolios II.

Instituto Caro y Cuervo 1992: Escolios sucesivos.

“La única pretensión que tengo es la de no haber escrito un libro lineal, sino un libro concéntrico” (*Nuevos escolios II*, 205). Esta es una de las muestras de que sus escolios se dividen en tomos por mera comodidad editorial, pues tanto en el primer libro como en el último nos encontramos con cortas frases, glosas y pequeños párrafos con los mismos problemas de fondo. Tan sólo sus *Textos I* y sus *Notas* constituyen una variación de la forma en que presenta aquello de lo que habla. Franco Volpi, por su parte, afirma con razón que todos los volúmenes que no aparecen en forma de escolio y los artículos de Gómez Dávila son tan sólo la preparación o el eco de *Escolios a un texto implícito*. Esta afirmación, agregaría yo, se cumple con particular densidad y hondura en *Escolios I*.

Los escolios de Gómez Dávila, en su carácter de tales, conforman, a lo largo de toda la publicación, una

prueba de la laboriosidad de una vida dedicada al pensamiento, un testimonio insoslayable de una persona que, en trabajo solitario, se preocupó por la comprensión: “Anhelo que estas notas, pruebas tangibles de mi desistimiento, de mi dimisión, salven de mi naufragio mi última razón de vivir [...] Última razón de vivir: el deseo de comprender” (*Notas*, 49). No se trata, sin embargo, de un trabajo sistemático y ordenado sino de una recopilación de fragmentos hecha lentamente que da lugar a unos textos brevísimos pero sumamente hondos guardando referencias, cercanas o distantes, a grandes textos: de acá su sentido de escolios. Estos escritos son “pedrecillas que el escritor arroja en el alma del lector. El diámetro de las ondas concéntricas que desplazan depende de las dimensiones del estanque” (*Escolios I*, 27), pero son también afirmaciones que “roen una llaga secreta”, juicios lanzados por un ironista reaccionario y escéptico, testigo sin par de la historia y la filosofía occidentales, frases cercanas al silencio, íntimas confidencias sin importancia efectiva, sólo señales que incitan la inteligencia, gotas puras de lucidez y llamadas, desde la dimisión, a la labor filosófica entregada a una necesidad imperiosa, probablemente oculta, pero dueña de una voz inconfundible.

Los comentarios sobre este autor pueden orientarse hacia dos grandes cualidades: reaccionario y gran escritor, pues las llagas secretas que sus escolios roen son las que ha abierto el mundo moderno confiado de la voluntad del hombre, a las que el

progresismo ha dado lugar, las que ha puesto de manifiesto la democracia, las que el liberalismo radical genera. Sus objeciones, en efecto, son una molestia para el demócrata a quien, sin embargo, no niega el monopolio de la historia. Que su pensamiento reaccionario juzgue la democracia no tiene interés práctico sino moral y estético: el demócrata se alza con la victoria mientras que el reaccionario conserva para sí la verdad; el demócrata maneja la historia actual como un vector hacia el futuro, el reaccionario la comprende como un diálogo iniciado en Grecia; el demócrata busca la justicia (judicial, constitucional, pero en ningún caso efectiva), el reaccionario soporta la injusticia. En el plano de la verdad el reaccionario es anacrónico pues sabe que, aunque la verdad se encuentre en la historia, nunca puede ser un fenómeno meramente histórico (*Escolios I*, 200).

En Gómez Dávila, el reaccionario se convierte en una figura peculiarmente moderada en comparación, por ejemplo, a un Joseph de Maistre. Ambos son fanáticos, radicalmente decididos moralistas, pero en grado distinto. En un grado mucho menor puede aplicarse a Gómez Dávila el siguiente comentario de Cioran al pensamiento de Joseph de Maistre:

Elevando el menor problema a la altura de la paradoja y a la dignidad del escándalo, manejando el anatema con una crueldad teñida de fervor, [Joseph de Maistre] creó una obra llena de enormidades, un sistema que continúa seduciéndonos y exasperándonos [...] A la tentación del escepticismo supo responder con la arrogancia de sus

prejuicios, con la violencia dogmática de sus desprecios.<sup>1</sup>

Gómez Dávila, por el contrario, asume el escepticismo exponiendo las contradicciones de su pensamiento, ostenta con paradojas una detenida aceptación de la complejidad. Si ambos responden al desorden y la injusticia es porque desde allí, sólo desde allí, se prepara todo pensamiento fecundo: “lo que se encuentra « en su lugar», lo natural deja al espíritu indiferente, lo adormece, mientras que la frustración y la privación le convienen y estimulan”<sup>2</sup> También en Gómez Dávila: “El pensamiento que quiere ser siempre justo se paraliza. El pensamiento progresa cuando camina entre injusticias simétricas, como entre dos filas de ahorcados” (*Escolios I*, 15). En Gómez Dávila se siente siempre esa imposibilidad de alcanzar lo añorado y quizá su diferencia con Maistre sea que, aunque en ambos los contrarios coexisten en su pensamiento conciliados bajo la figura de Dios, a aquél no se puede aplicar en igual medida todo el fervor y el fanatismo con que se describe a éste; a Gómez Dávila no es correcto aplicarle la sentencia de Cioran: “Maistre es el Maquiavelo de la teocracia”.

Lo reaccionario en Gómez Dávila no se aloja tanto en su afán de excomulgar a todo el que no comparta sus principios, sino en desdeñarlo, en restarle importancia: “Vencer a un

<sup>1</sup> Cioran, Emil M., *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario y otros textos*, (Rafael Panizo, tr.), Bogotá, Montesinos, 1991, p. 9.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 15.

tonto nos humilla” (*Escolios I*, 83). Su gesto, si bien intransigente, es educado; si bien intolerante, es resignado. La mejor delimitación de su *ser reaccionario* es la de aquel que, no por fervor político, sino por convicción de la eternidad, tacha todo sincronismo: se trata de una *bestia prehistórica*, una existencia tan incómoda como inconcebible, tan desasosegante como errónea para el demócrata. Muestra de su anacronismo, de su insoportable apego a lo caduco, de su desconfianza en lo actual; ejemplo de su moralismo resignado a la imposibilidad de su cumplimiento; ostensión de la indeclinable convicción en el error moderno es el siguiente escolio: “No soy un intelectual moderno inconforme, sino un campesino medieval indignado” (*Escolios II*, 69). Su reacción no es tanto ante lo inconveniente como en contra de lo que considera inmoral; no tanto ante lo que por carestía o celoso cuidado no obtiene, sino ante lo que por fealdad y facilidad se niega a aceptar: ante el abyecto regalo que sus contemporáneos pretenden arrojarle desde el hundimiento. Su molestia no reside tanto en las acciones sino en los valores por los que se dirigen, en la fealdad que ostentan, en el mal que entrañan: el respeto a la libertad del otro siempre puede irrespetar su verdad. En Gómez Dávila tal condición es una constante y no meramente cualidad accidental de su pensamiento, en tal condición reside su manera más propia de ser: “El reaccionario no es un soñador nostálgico sino un insobornable juez” (*Escolios II*, 231).

“Los lectores del escritor reaccionario jamás saben si conviene aplaudirlo con entusiasmo o patearlo con rabia” (*Nuevos escolios I*, 132).

En tales condiciones, no sorprende que su idea de libertad resida en la negación de la doctrina democrática:

Contra la insurrección suprema, una total rebeldía nos levanta. El rechazo integral de la doctrina democrática es el reducto final, y exiguo, de la libertad humana. En nuestro tiempo, la rebeldía es reaccionaria o no es más que una farsa hipócrita y fácil (*Textos I*, 100).

Su libertad es posibilidad de riesgo, de no consumación del deseo. Su libertad no es la capacidad infinita del humano, obediencia a la esencia entregada por la especie, rasgo del animal que cumple con su cometido, sino posibilidad de elegir su necesidad, de abrazar su constreñimiento, de estar impelido por lo que lo satisface. Su libertad es libertad de negar el carácter propiamente animal de todo hombre, de traicionar todo lo que se le entrega acabado, de rechazar los compromisos de la Ley y asirse a sus propias convicciones; su libertad es construcción, no cumplimiento del programa natural: quien lo cumple es dócil al dictado de su *esencia*, “pero el demiurgo humano sacrifica la libertad posible del hombre, en aras de su libertad total” (*Notas*, 99). El cumplimiento de la esencia es lo propio de lo meramente animal: “En cada hombre liberado, un simio bosteza y se levanta” (*Textos I*, 97). No es libertad jurídica o posibilidad de acción sin límites, es venia a la necesidad de rechazo, es reacción al deber que la Ley impone, incumplimiento del deber:

aspiración a la traición; “El hombre se estremece y oscila al borde de sí mismo. Nunca es blanco donde vibra la flecha clavada; sino aguda flecha en el viento” (*Textos I*, 9).

De allí que, por un lado, el ser reaccionario en Gómez Dávila no defiende ninguna posición política actual y no aspire legitimar modos materiales de existencia encubiertos tras discursos políticos de izquierda o derecha. Su pensamiento tiene implicaciones políticas pero no es político en modo alguno, pues no defiende nada mientras rechaza. Defiende lo imposible: “Sólo de las causas perdidas se puede ser partidario irrestricto” (*Escolios I*, 31). Si fuese consecuente decir que en sus escolios encontramos encubierta una ideología ironista y escéptica entonces sería precisamente eso, pero el escepticismo de Gómez Dávila traiciona la definición.

Las condiciones sociales, por otro lado, no son posibilidades contingentes dependientes de la ideología que encubre sus aspiraciones, sino “paisaje objetivo que sólo desde determinada posición se columbra” (*Escolios I*, 68). Sólo conviene la riqueza heredada o la pobreza, sólo la pobreza elegida por quien abandona el tesoro no es búsqueda de la riqueza. En consecuencia, sus afirmaciones sobre los problemas sociales son referencias de las similitudes que estos han tenido a lo largo de toda la historia: “Las sociedades se diferencian meramente en el estatuto de sus esclavos y en el nombre que les dan” (*Escolios I*, 30); “Los hombres cambian menos de ideas

que las ideas de disfraz, en el decurso de los siglos las mismas voces dialogan” (*Escolios I*, 15). El problema del hombre es el mismo hoy que en la antigua Grecia: exclusivamente lo diferencia la técnica del siglo XX como megáfono de nuestras miserias y nuestros triunfos. El problema del hombre es perenne, sin solución humana.

El pensamiento de Gómez Dávila no es ideología, es levantamiento a favor de la dignidad y de los valores, no es conservador sino para abrazar lo caduco pues rechaza toda posibilidad de acción atrapada en los extremos aplastantes e ineludibles: el capitalismo y el comunismo; opuestos en su carácter pero hermanos en su aspiración del avance industrial. Si fuese meramente conservador defendería de igual manera una idea de progreso, pero su posición es más extrema todavía. Si alguna posición política le conviniera sería la de la aristocracia, en la que los mejores gobiernan: una nueva aparición de la bestia prehistórica. “El problema ético consistirá siempre en impedir que la moral de Hesiodo expulse la moral de Homero” (*Escolios I*, 152). Posiblemente sea este carácter anacrónico, esta aspiración a lo imposible lo que le haga concluir sobre la historia:

La historia es el relato de lo que acontece cuando demonios o dioses se adueñan de una carne mortal y manchan el suelo con sangre.

Pueblos enteros, épocas enteras, se agitan, hablan, luchan, debajo de la historia. Lo humano tiene la insignificancia de una pululación de insectos cuando es meramente humano.

Todo grito es simple ruido, si el dolor no lo arranca a una garganta divina (*Escolios I*, 167).

Su perspectiva no es, sin embargo, la de un intelectual absorto en las abstracciones, en las nociones universales o en las ideaciones. La historia y la verdad están fuera de la carne, pero se pueden ver en ella. La idea de ser reaccionario es perfectamente consecuente con ello: “Los hombres y los hechos son, para el reaccionario, una carne servil y mortal que alientan soplos tramontanos” (*El reaccionario auténtico*, 19). Partiendo así hacia una idea de filosofía como disciplina de la verdad, verdad no lejana sino presente y concreta, con el tinte indeleble del reaccionario: “En el acto empírico se engendra la esencia” (*Escolios I*, 57). La verdad de la filosofía es verdad sensual inmediata, instante de la vida donde el pensamiento columbra la presencia del llamado divino: “La verdad no es juicio, sino adhesión a una evidencia concreta” (*Escolios I*, 58).

“La verdad no es, allende las cosas, el esquema de éstas o su fórmula intelectual: verdad es el nombre de la realidad que percibimos en su plenitud de realidad” (*Notas*, 72).

Llamado divino que por otro lado se gesta en cada acontecimiento de la historia, llamado desde la eternidad a la facticidad. Su ideal filosófico es el ideal de una vida, la vida que llama a lo inmortal: “Para hablar de lo eterno, basta hablar con talento de las cosas del día” (*Escolios II*, 256). Sus temas son comunes a Platón, sus dolores son transmitidos por Nietzsche. Kant es para él una reacción victoriosa;

el historicismo alemán del XIX le resulta un problema central cuando lo considera con Hegel, algunos problemas y la forma de plantearlos no pueden referirnos algo ajeno a Heidegger; todos sus problemas, no obstante, lo remiten directamente a Dios. En sus noches solitarias, nos cuenta, su espíritu se eleva en meditaciones religiosas y de allí hacia afuera, buscando en lugares sin Dios, nada es interesante pues: “Todo fin diferente de Dios nos deshonra” (*Escolios I*, 21).

Un episodio que lo conmueve particularmente y provoca unos de sus más sentenciosos escolios es la muerte de Dios a la que no puede más que reaccionar, como es natural, con vehemencia resignada: “Muerto Dios, a los pobres titanes no les queda sino emprender la urbanización de la tierra” (*Escolios I*, 139).

“Dios ha muerto” exclamó ese Viernes Santo que fue el siglo XIX.

Hoy vivimos en el atroz silencio del sábado.  
En el silencio de la tumba habitada.

¿En cuál siglo alboreará, sobre la tumba desierta, el Domingo de Pascua?  
(*Escolios I*, 357).

El Dios de Gómez Dávila tampoco escapa a ese sensualismo que en él esconde profundos problemas, que plantea miles de interrogantes ricos en vida filosófica: “es así, a través de una dialéctica carnal que Dios aparece a mi razón, de manera tan irrefutable como deslumbra mi fe” (*Notas*, 466). No un montón de soluciones, sino la recurrencia del misterio en el acto concreto: “La religión no explica nada, sino complica todo” (*Escolios I*, 229).

Temas esparcidos por una obra fragmentaria: cristianismo, modernidad, sensualismo, filosofía, libertad, marxismo, democracia, igualdad, valores... Todos ellos son parte de la obra enorme que nos legó Gómez Dávila, llena de riquezas y de inteligencia. Pero sobretodo de una escritura incomparablemente bella que escapa a todos los estilos de su tiempo. Que escapar de su tiempo sea imposible no importa, que esté condicionado es irrelevante, pues es su aspiración filosófica: “El filósofo no es vocero de su época, sino ángel cautivo en el tiempo” (*Escolios I*, 29). El escolio citado es el que recoge de la mejor manera una conjunción entre su ser reaccionario y su vida filosófica.

Entonces ¿qué queda? Calladamente hablar, pasivamente actuar en un mundo que condena más a quien no hace nada que a todo el que reproduce las vilezas. Consecuencia irrevocable, final inapelable: la soledad. Soledad acompañada por la palabra de sus amigos Montaigne y Esquilo o Cervantes y Homero. No meramente estar aislado o alejado, sino estar entregado al otro, el leído. Allí corroboraba sus más radicales juicios:

[...] lo que despierta al espíritu de ese sueño dogmático del vivir común, lo que lo arroja al mar ignoto de los pensamientos propios, de los sentimientos originales, es la lectura.

El contacto con otros espíritus, con su pensamiento extraño, duro y cortante, desasosiega nuestras triviales y prematuras convicciones (*Notas*, 59).

Un paso después de esta reflexión no era *otro* el que le desconcertaba

sino él *mismo* quien se recogía, en este momento llegaba la escritura. En realidad su necesidad de escribir es sólo un pequeño gesto de benevolencia con sus futuros cómplices, pero sólo eso. Ni interesar a nadie, ni ser esclavo de otro, sólo petrificar en el papel la letra con que contesta llamados de amigos ancestrales, tan atrapados como él en el tiempo, tan prehistóricos. Es por eso que su verdadera tarea, el alma, tiene una peculiar característica: “El alma crece hacia adentro” (*Escolios I*, 40). No una afirmación sino un grito, siempre esencial porque se dirige a sí mismo. Nada más ajustado a este respecto que la definición de Mutis:

Cada palabra da plenamente en el blanco y no pocas veces un humilde sustantivo, un verbo servicial o un adjetivo irremplazable, soportan con natural elegancia el peso abrumador de un luminoso hallazgo del pensamiento.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Mutis, Álvaro, "Donde se vaticina el destino de un libro inmenso", en: *Revista del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario*, Vol. 081, No. 542, Abr.-Jun., 1988, p. 24.

Que “leerlo sea como escuchar ciertas sonatas de Mozart”, es quizá el complemento que dio Alberto Zalamea a este comentario de Mutis. Este carácter de grave profundidad de la escritura, de la esencialidad sensual de sus palabras, que deleitan al lector es quizá lo que mejor puede decirse del carácter general de sus escolios completos que, aparte de soportar ese peso de sus verdades, soporta igualmente la doble gravedad ejercida por sus contradicciones y sus injusticias que han de ser soportables porque nos parecen bellas: “Gran escritor es el que moja en tinta infernal la pluma que arranca del remo de un arcángel” (*Escolios I*, 45). ¿Qué mejor definición sino esta que, además, une en comunión su protagónico carácter contradictorio con su incontestable ostentación de maestría de la lengua?

SEBASTIÁN SÁNCHEZ MARTÍNEZ  
Filosofía  
Universidad de Antioquia